

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 238

25 cts.



**LOS
PARÁSITOS**

FOR
Madge Bellamy
Mary Carr
y Owen Moore

Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 238

LOS PARÁSITOS

Comedia dramática de Ellen R. Martín

INTÉRPRETES:

Laura Randall *Lillian Tashman*
Marta de Van Buren . *Dorothy Dwan*
Aurelia Larden . . . *MADGE BELLAMY*
Fredín *Bruce Guerin*
Alfredo Randall . . . *OWEN MOORE*
El doctor *BRYANT WASHBURN*
Señora de Larden . . *MARY CARR*

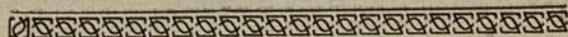
etc.

Exclusiva de

PROCINE, S. A.

Consejo de Ciento, 332-BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
EDDIE LYONS



LOS PARÁSITOS

Argumento de la película

En Botánica y en Zoología se da el nombre de parásitos a ciertos vegetales y a ciertos animales que subsisten a costa de otro organismo viviente.

Dando a la palabra un sentido metafórico, es fácil encontrar en nuestra sociedad actual buen número de parásitos; esos seres que lo aceptan todo sin dar nada en cambio. Pero es necesario no fiar de apariencias, para no confundir los falsos parásitos con los verdaderos.

**

Laura Randall, divorciada de su marido, vivía, parasitariamente, de la pensión que éste le pasaba. A pesar de eso, ella suponía que el

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

mundo debía estarle agradecido por haberle dado el tesoro de su belleza.

Tendida en un diván, leía, aquella mañana, la Prensa, y detúvose en un suelto que tenía para ella mucho interés, y que decía:

LOS EXITOS DEL ABOGADO ALFREDO RANDALL

Continúa siendo objeto de numerosos comentarios, todos ellos elogiosos, la brillante defensa que el joven abogado Alfredo Randall ha hecho del condenado a muerte Juan Smith. De seguir por este camino, no creemos sentar plaza de profetas al augurar que el señor Randall será dentro de pocos años una de las primeras figuras del Foro.

Laura entristeció... Ahora, al ver que la fama aureolaba al hombre a quien estuvo ligada en otro tiempo, sentía el dolor de lo irreparable, la rabia de haber dejado perder el anillo que era en sus manos lazo de unión.

Encontrándose Laura en tal estado de ánimo, fué anunciada por la criada la señora de Van Buren, hermana de Alfredo Randall, pero por encima de eso, antigua compañera inseparable de la divorciada, hasta el punto de que lo que la ex cuñada censuraba, lo disculpaba la amiga.

Laura, mojóndose los ojos, fingió, cuando su amiga entró, que estaba llorando.

Marta de Van Buren acercóse cariñosamente a la supuesta cuitada, y trató de consolarla.

—Sé franca conmigo, Laura... como en otro tiempo... ¿Qué es lo que tienes? ¿Acaso no te inspiró la misma confianza que antes?

Laura exclamó, como consumada actriz:

—¡Es que sufro por mi hijo y por mi marido, Marta... por esos dos pedazos de mi corazón! ¡Cuatro años buscando el olvido, y cuatro años viviendo solamente del recuerdo!

Su llanto era cada vez más amargo, al parecer.

Marta, conmovida, acariciaba a su amiga, y su vista tropezó con el suelto del periódico que Laura había apartado un poco de sí. Leídas las alabanzas que la opinión pública dedicaba a Alfredo, la hermana comprendió el dolor de la cuñada, y cayendo en el engaño preparado por ésta, le abrió su corazón, lleno de nobleza.

—Mira, ahora que está Aureliá pasando unos días conmigo, es el gran pretexto para dar una fiesta en su honor. Así, sin llamar la atención, podré reuniros a los tres.

Laura no regateó las demostraciones de gratitud.

—¡Qué buena eres para mí, Marta!... ¡Si supieras cuánto te agradezco tu ayuda en estos momentos en que me sentía tan sola!...

Sin embargo, interrumpiéndose secamente, dijo a su ex cuñada:

—Pero, oye; ¿de modo que Aurelia está ahora en tu casa? ¿Y no te da cargo de conciencia ofrecerle hospitalidad a un *parásito*?

—No la califiques así. Aurelia no tiene más defecto que el de ser pobre, y por eso se ve obligada a aceptar todas las invitaciones que se le hacen. Por lo demás, es una muchacha encantadora... y siempre tan servicial...

—Esa clase de gente no es de mi agrado... pero, en fin, tú eres tan buena que nada ni nadie podrían cambiarte...

Quedó convenido entre las dos amigas que Laura iría a la fiesta que Marta daría en honor de Aurelia, y el día escogido para tal fin llegó.

Como prólogo de la fiesta, transcurría agradablemente la hora del *lunch* en la morada de Marta de Van Buren.

La homenajeadá lucía con simplicidad adorable su clara belleza de flor primaveral. Era *parásito*, en el fondo, pero no por su culpa, sino por la de su madre, que, acostumbrada a vivir en las altas esferas, no había podido resignarse a alejar de ellas a su hija, a pesar de que su fortuna, en los últimos años, había sufrido una merma considerable.

Marta, que andaba buscando a Aurelia, le preguntó al encontrarla fuera del salón:

—Cuando mandaste la invitación a mi hermano, no le insinuaste nada de la sorpresa que le reservamos, ¿verdad?

—Nada, absolutamente. La presencia de su esposa aquí, será para Alfredo una verdadera sorpresa.

—Me extraña que tarde de esa manera...

—Habrá tenido algún trabajo urgente...

Fredín, el personaje más importante de la familia, apareció de improviso, escapando a la criada negra, que lo iba a acostar.

El niño, mimado por Aurelia, hizo diabluras, sorprendiéndole en una de ellas su padre, que acababa de llegar.

Desde su divorcio, Alfredo había puesto todo su cariño en su hijo, y era su amor tan grande, que había llegado a hacerle olvidar que otros niños tenían madre.

El niño correspondía al afecto paternal con adoración sin límite... pero Aurelia era su buena hada y, a veces, entre su padre y la agradable joven, la criatura no sabía por quien decidirse, haciéndolo en alguna ocasión por Aurelia.

Fredín, apenas su padre le soltó, mandándolo a la cama, hizo otras diabluras, y Alfredo, dirigiéndose a Aurelia, que salía siempre en defensa del niño cuando comprendía que él lo iba a reñir, le reprochó, sonriéndole:

—Me parece que entre todos estamos echando a perder a este caballereito desobediente que tengo por hijo, Aurelia.

A lo que la dulce joven respondió, acariciando al pequeño:

—Pero, ¿cómo reñirle, si es adorable?

En aquellos momentos abrióse la puerta de la casa y entró Laura, la sorpresa reservada a Alfredo.

Como éste, su hermana, Aurelia y el niño estaban junto a esa puerta, Laura detúvose al encontrarse delante de ellos, y esperó a que Martí la ayudase a hablar.

Alfredo, muy extrañado, miró con disgusto a su ex esposa, preguntándose por qué motivo se hallaba en casa de su hermana, coincidiendo su presencia con la suya, y Marta le interrumpió en sus preguntas íntimas, diciéndole, con naturalidad, como si el reencuentro no tuviese la menor importancia:

—¿Qué hacéis así, como dos tontos? ¿Es que ni siquiera vais a daros las manos?

El primer impulso de Alfredo fué, al encontrarse junto a su ex esposa, saludarla cordialmente, por lo que había sido; pero reprimiéndose al punto, limitóse a estrecharle la mano que ella le tendía, sin hacer presión, sino fríamente, casi a la fuerza.

Marta, siempre oportuna, presentó a Laura a Aurelia.

—¿No la conoces?... Es Aurelia... Aurelia Larden.

—Sí... recuerdo haberla encontrado en otras

casas... pero como hacía tiempo que no la había visto...

Aurelia comprendió que en las palabras de Laura había menosprecio, y ella que nunca pudo



—¿No la conoces?... Es Aurelia... Aurelia Larden.

ser rencorosa, sintió hacia la ex esposa de Alfredo instintiva aversión, felicitando para sí al abogado de no tenerla más por compañera, pues no era digna de él.

Fredín, que correteaba mientras sus parientes y su amigueta hablaban, fué advertido por

Laura, que fingió que su corazón se dilataba de emoción.

—¡Fredín! ¡Hijito! — le gritó tendiéndole los brazos.

El niño no se acercó. La miraba, preguntándose, sin duda, quién era aquella mujer que le llamaba hijito. Y si Laura abrazó a su hijo, no fué porque éste se arrojase en sus brazos, sino porque ella lo fué a buscar donde se había detenido.

Continuó la fiesta, que, después de la comida, alcanzó el grado máximo de la animación.

Laura, reuniéndose con Alfredo en el jardín, no logró ablandarle el corazón con sus súplicas, pues él no podía ya tener fe en ella.

Más tarde, en medio de la aparente alegría general presentóse Aurelia en el salón, procedente de las habitaciones altas, diciéndole a Alfredo:

—Me parece que Fredín no se encuentra bien. ¿Quiere usted venir a verle, antes de que lo acostemos?

Alfredo siguió presuroso a Aurelia, y Marta y Laura, ésta exagerando la nota dramática, que era incapaz de sentir, también.

El abogado cogió a su hijo y lo examinó, descubriéndole en una parte del cuello unas manchas rojas.

—Debe ser el sarampión — dijo.

Pero la criada negra, irrumpiendo en la pie-

za donde se hallaban todos en aquel momento, exclamó, con grandes gestos:

—¡Ay, señorito! ¡Ay, señorito! ¡Han dicho en la cocina que lo que tiene el niño son las viruelas!



Laura, reuniéndose con Alfredo en el jardín, no logró ablandarle el corazón con sus súplicas.

Laura, que estaba junto a su hijo, apartóse bruscamente al oír el terrible diagnóstico pronunciado por la criada, y tocóse el rostro, como para cerciorarse de que no había huella de nada...

Marta, Aurelia y Alfredo reprocharon con la mirada el temor de la madre; y Fredín, como impulsado por una fuerza poderosa, le tendió los bracitos, acercándose por sus propios pies a ella.

Todos esperaban ver el triunfo del amor maternal; pero todos experimentaron el dolor de comprender que Laura anteponía su belleza a la piedad a que, sino su voluntad, la obligaba su condición de madre.

Alfredo, desconcertado y sufriendo por lo que pudiera sufrir su hijo, no sabía decidir nada; y Aurelia, la jovencita encantadora, la muñeca de los salones, tomó al niño en sus brazos, y meciéndolo como si fuera su hijito, dijo al abogado:

—¡Por Dios, Alfredo, no lo asusten más, y que alguien vaya en busca de un médico!

Marta ocultó unas lágrimas, y mientras Alfredo iba a dar órdenes, una voz de ángel adormecía sobre su candoroso pecho al enfermito.



Pasaron algunos minutos de ansiedad que parecieron largos como siglos.

El doctor Eduardo Brokes, uno de esos médicos que en las grandes capitales impone Su Majestad la Moda, acudió rápidamente a visitar al enfermo.

Aurelia y Alfredo esperaban, impacientes, el fallo del médico y conocido.

—Es un caso perfectamente manifestado...

Aurelia ahogó un grito en su garganta y se le nubló la vista.



—¡Por Dios, Alfredo, no lo asusten más, y que alguien vaya en busca de un médico!

—...de viruelas locas sin la menor complicación. Absolutamente nada de importancia — añadió el doctor.

Ahora una risa nerviosa salía de los labios de Aurelia, pero la misma alegría, al chocar vio-

lentamente con la angustia vivida, venció la resistencia de la abnegada joven, que desmayóse en los brazos de Alfredo.

—¡Aurelia! ¡Aurelia! — gritó el abogado, asustado por aquel imprevisto.

El doctor volvió en sí a la sincopizada, y comentó, admirándola:

—Aurelia vive demasiado intensamente... las vidas de los demás. En nuestro mundo de egoísmos, ella es la negación del egoísmo.

El niño miraba a Aurelia, que le sonreía apenas vuelta en sí, y Alfredo preguntó al médico, que se disponía a retirarse:

—¿Cree usted que podré llevarlo a casa mañana o pasado mañana?

—Sí. No hay inconveniente.

—¡No! ¡Yo no me voy a casa sin tía Aurelia, que vive aquí! — dijo el pequeño.

Aurelia se abrazó al niño, y continuó el doctor:

—Procure proporcionar a su hijo la mayor cantidad posible de alegría, y, sobre todo, que conserve sus nervios tranquilos.

Alfredo reflexionó al marcharse el doctor, y contemplando a su niño completamente feliz al lado de Aurelia, dijo a ésta:

—Usted es la única persona a quien Fredín obedece ciegamente. ¿Sería mucho pedirle que se cuidase usted de él... por lo menos hasta que esté bien del todo?

—Usted sabe cuánto quiero a Fredín — contestó Aurelia—, pero lo que me pide es imposible. Comprenda usted... la gente hablaría... mi madre es orgullosa...

—¿Y por el niño no sería usted capaz de hacer ese sacrificio?

—No sé si debo contestar a esa pregunta, Alfredo... Hace un momento demostré, sin querer demostrarlo, que por Fredín haría cualquier sacrificio...

—Es verdad, Aurelia... Es verdad... Y se me ocurre una idea... Yo invito a usted y a su mamá a pasar una temporada en mi casa... una temporada larga, lo más larga que sea posible.

—No sé... no sé...

—Y así podrá usted cuidarse del niño y de su educación, sin que nadie sospeche que es usted una institutriz. En fin, cuando Fredín se ponga bueno, hablaremos de eso detenidamente.

Aurelia vacilaba. Prefería consultar el caso con su madre; pero Fredín, pujándola de un brazo, la obligó a mirarle, y le dijo:

—¡Sí, Aurelia, sí! ¿Verdad que harás lo que te dice papá?

Y Aurelia aceptó, dejando de ser *parásito* para transformarse en algo útil: en institutriz... encubierta.

La señora de Larden, madre de Aurelia, se instaló bonitamente en casa de Alfredo, aceptando la proposición que éste hiciera a su hija,

y vivía tranquila y feliz. La arruinada aristócrata tenía uno de esos temperamentos infantiles a quienes la vida no da nunca amargura ni experiencia. Su ocupación favorita era la de hacer unas primorosas y complicadas misivas de amor, las cuales dibujaba, recortaba, y ella misma escribía también los versos.

Una de esas misivas se la mostró, un día, al médico como prueba de su habilidad. El dibujo era ingenuo y más ingenuo todavía el verso que había en el dorso.

*Un pajarito en la rama
dice, cantando: "Pío, pí";
y es que yo le encargué un beso
para ti.*

—¡Admirable, señora! ¡El mismísimo Apolo y las nueve Musas inspiran su vena poética! — comentó el doctor, burlándose de ella hábilmente.

Aurelia miró al galeno e hizo un leve gesto con la cabeza, indicándole que disculpase a su madre, que era como una niña.

Y la "artista" agradecía con sonrisas los elogios, dispuesta a perseverar en su pensamiento, para crear obras maestras.

Mientras tanto, en su bufete de la ciudad, Alfredo escuchaba la voz del pasado.

—¿Por qué no volvemos a ser lo que éramos antes el uno para el otro, Alfredo? — decía Laura, que deseaba reconciliarse, para vivir me-

jor—. Entonces tú me querías, ¿te acuerdas? Me querías ciegamente...

El abogado hacía esfuerzos para no perder su serenidad, para permanecer impassible, como aquella noche de la fiesta en casa de su hermano, delante de ella.

—Alfredo, ¿cómo has podido olvidar tan pronto nuestro amor... aquel amor que tú decías que había echado hondas raíces en tu alma?

Al brotar el recuerdo de aquellos tiempos, Alfredo cegó y estrechó apasionadamente contra su pecho a Laura, besándola en los labios... pero separándola al punto.

Laura, triunfante, consideróse victoriosa para siempre.

—¿Ves como no puedes olvidarme? ¡Ahora sé que me quieres... que eres mío todavía!

Pero Alfredo, recobrándose al herirle ella con tales palabras de orgullo, se afirmó en su desdén, diciéndole:

—Para desengañarte de una vez para siempre, voy a decirte la verdad, Laura. Lo que tú me inspiraste no fué amor. En ti amé el recuerdo de otra mujer que lo fué todo para mí...

—¿Qué dices?...

—Era el tuyo su mismo delicado perfume... eran los tuyos sus mismos labios... pero tú no eras más que una imagen de la mujer que quise. Al hablar, tu voz, tan llena de mentiras del mundo, rompía el encanto. ¡No, no! ¡No eres

tú la mujer que puede hacer vibrar mi corazón!

Herida por la sinceridad de Alfredo, Laura no respetó nada.

—Entonces, quizá lo sea esa Aurelia Larden... Todo el mundo habla de ella, de su indefinida estancia en tu casa.

—¡Te prohíbo que censures a esa señorita!

—¡Cómo la defiendes, Alfredo! En verdad, considero muy audaz a esa intrusa. Pero me sorprende que se crea con bastante poder para separarme de ti y de mi hijo.

—¡Basta! Pero celebro haberte escuchado, porque he visto confirmado cuanto de tí sospechaba.

Cuando marchóse Laura, el abogado quedó pensativo... y de sus meditaciones salió, como los rayos de luz del horizonte, una esperanza... Creía Alfredo que el amor no volvería a llamar a las puertas de su corazón; pero así y todo, veía casi con alegría que para salvar a Aurelia de la murmuración de la gente, no se le ofrecía más que una solución: el matrimonio.

¡Ah! ¡El matrimonio! ¡Sí, sí!

Al salir del bufete, Laura, guiada por el despecho, fué al hogar de su ex marido, so pretexto de ver al enfermito.

La recibió Aurelia en la antesala, sin permitirle dar un paso hacia adentro.

—Vengo a buscar a mi hijo, para tenerle a mi lado.

—Perdóneme que no pueda complacerla, señora... pero Fredín no está todavía lo bastante bien para salir de casa, y, además, su padre me lo ha confiado.

—¿Quién es usted para impedirme que yo me lleve a mi hijo... a lo que es carne de mi carne?

Aurelia, sin deponer su hostilidad, recurrió a recordar a Laura su imperdonable acción de unos días atrás.

—Es mi deber hacerle presente, señora, que las viruelas locas no son tan dañinas como las negras, pero son igualmente contagiosas... y afean lo mismo.

La indirecta surtió efecto. Laura llevóse las manos al rostro, y entre temerosa y avergonzada, vaciló en decidir una cosa u otra.

—La puerta de la calle está allí, señora —añadió Aurelia.

Y, comida de rabia, Laura desapareció dispuesta a vengarse.

**

Fueron transcurriendo los días, y algo que no era todavía amor, pero que se le acercaba mucho, iba uniéndose, sin que ellos se percatasen, las almas de Aurelia y Alfredo.

Todo cuanto afectaba a Alfredo interesaba a Aurelia; por ejemplo, las noticias que publicaban los periódicos acerca de su talento.

El niño se hallaba ya completamente curado, pero a pesar de eso el doctor hacía alguna que otra visita para asegurarse de que todo había desaparecido sin peligro de reaparecer.



—La puerta de la calle está allí, señora.

Pero un día Aurelia se extrañó de verle llegar.

—¿No dijo usted ayer que se despedía?

—En efecto, pero otro asunto me ha traído aquí. Vengo por usted.

—¿Por mí?

—Sí... He prometido a la señora de Randall que le entregaría a usted esto y que haría lo

posible por que lo leyese usted en seguida... Comprenda, Aurelia, que yo no podía desatender a una madre que sufre por su hijo.

Aurelia miró, un tanto recelosa, al doctor, que era un hombre sin escrúpulos tratándose de conquististas, y con mano temblorosa se apoderó de la carta que él le ofrecía de parte de Laura; y leyóla lentamente, como para que no escapara a su espíritu el significado de ninguna palabra.

Señorita Larden:

Voy a decirle a usted la verdad de mi divorcio ocultada al público para evitar que el descrédito cayese sobre el padre de mi hijo.

Cuando Fredín tenía un año, mi marido cayó enfermo de fiebre tifoidea. La enfermera que lo cuidaba, una joven encantadora, permaneció con él, inventando varios pretextos durante toda la convalecencia.

Al enterarme yo de lo que se ocultaba detrás de tanta solicitud, abandoné mi casa, y más tarde se arregló el divorcio sin descubrir la verdadera causa, para no perjudicar a mi marido, dada la rectitud de conducta que exige su profesión. Comprenderá usted que, de otro modo, yo hubiera podido conseguir que el niño se confiara a mi custodia.

Usted es buena, lo sé, y mi única esperanza es que, compadecida de mi situación de madre

que no puede ver a su hijo, me devuelva usted a mi Fredín.

Con ansiedad espera su decisión

Laura Randall

Aurelia, encontrando muy extraño todo lo que le contaba Laura, pues tenía en muy buen concepto a Alfredo, no se decidió a complacer a la madre; y el doctor, siguiendo el plan que se había trazado para sobornar a la muchacha que vivía de prestado, le mintió un cariño que no sentía sino superficialmente, como galanteador empedernido:

—Yo la amo a usted, Aurelia... Nunca hasta ahora me había atrevido a decírselo... Y puesto que, si entrega usted el niño a su madre, no podrá seguir aquí, permítame que le ofrezca mi casa y mi mano.

Aurelia, turbada, contestó:

—Espere, se lo suplico... déjeme reflexionar... Es tan extraño todo esto... tan inesperado...

Alfredo llegó a su casa en aquellos instantes.

El doctor, al verle, despidióse de Aurelia, y al salir dedicó una reverencia al abogado, que no hizo nada por retenerle, comprendiendo que estaba allí únicamente por ver a Aurelia.

Alfredo traía un ramo de flores que destinaba a Aurelia, pero el haberla encontrado hablando con el médico le dictó estas palabras:

—Sospecho que he traído estas flores en un momento inoportuno.

Ella aceptó el ramo, pero miró a Alfredo con severidad.

—Creo que Brokes está enamorado de usted desde hace mucho tiempo... Y usted, ¿no le corresponde? —añadió el abogado.

Aurelia hizo un gesto de desagrado.

—Dispéñeme que insista, Aurelia. Quería saberlo... *necesitaba* saberlo... Fredín la quiere a usted más que a nadie en el mundo... ¿Por qué no acepta convertirse en su madre y mi esposa?

Aurelia sintió que su corazón se anegaba en lágrimas de felicidad, pero sobreponiéndose a su cariño por Alfredo, replicó con dureza:

—El hombre con quien yo me case no ha de tener en su conciencia el peso de un remordimiento.

—¿Qué quiere usted decir? —inquirió, sorprendido, Alfredo.

—¿Cree usted que obró rectamente al quitarle el niño a su esposa?

—¿Qué dice usted, Aurelia, que nunca la había oído hablar así?

—Seguramente usted no ignora que era a ella a quien correspondía la custodia de su hijo.

—Pero, Aurelia...

Acababa de recibirse en la casa un telegrama, que un criado entregó a Alfredo delante de Aurelia.

—Con su permiso —dijo a ésta el aboga-

do, abriendo el telegrama, leyéndolo seguidamente.

Hubo una pausa.

Luego, Alfredo, doblando el parte, dijo a Aurelia:

—Me llaman de Boston. Tengo que partir inmediatamente. Yo no sé si ha sido Laura quien la ha engañado a usted, o si en este embuste tiene parte Brokes... Lo que ahora le pido es que continúe teniendo confianza en mí y no se mueva de casa durante mi ausencia. ¿Me da usted su palabra?

—No sé si debo...

—Escuche la voz de su conciencia... A ella me remito sin temor...

—Bien... no me moveré... pero le suplico que no demore usted su vuelta.

**

En los días que siguieron, Laura, secundada por el doctor Brokes, ideó un plan audaz para hacer perder a Aurelia la confianza de Alfredo.

Laura y Brokes iban en un lujoso automóvil, cuando cruzaron en el camino a Aurelia que iba de paseo con el niño.

Detúvose el coche, y Laura dijo a Aurelia, muy amablemente:

—Precisamente iba a ver a usted... ¡Oh, no puede usted sospechar lo que sufro al verme separada de mi hijo! ¡Ven, Fredín, hijo mío!

Aurelia atrajo contra sí al pequeño, temerosa de que se lo arrebatasen.

El doctor salió en ayuda de Laura, que fingía llorar.

—Hace usted mal en oponerse, Aurelia. Una madre tiene siempre el derecho moral de abrazar a su hijo.

Aurelia, que era excesivamente buena, empezó a ceder.

—Sí, yo estoy conforme con eso. Pero he dado a Alfredo mi palabra de que el niño no se separaría de mi lado... Además, su padre regresará hoy...

—Déjeme abrazarlo, y se lo devolveré en seguida — insistió Laura.

Y Aurelia cayó en la trampa; y tan pronto Laura tuvo a su hijito en sus brazos, el automóvil partió a toda velocidad, dejando en mitad del camino, dando gritos de desesperación, a Aurelia, que temía no volver a ver más a Fredín.

El *auto* se desvió de la carretera, lanzándose por un atajo, para no llamar la atención los gritos del niño y sus gestos resistiéndose a sus raptadores, y Aurelia, en tanto, regresaba a casa del abogado, y reuniéndose con su madre, exclamó llorando amargamente:

—¡Se han llevado al niño, mamá!... ¿Qué va a decir Alfredo?

Inmediatamente, telefoneó a la policía, dándole cuenta del caso, para que se procediese a

la persecución del automóvil en que Laura y el doctor huían con el niño.

También Aurelia quiso perseguir a los fugitivos, para recuperar a Fredín, pero yendo por la carretera y aquéllos por otro camino, no les daba alcance ni siquiera los distinguía a lo lejos desde el automóvil de Alfredo, de cuyo garage lo sacó ella misma.

La criada negra, enterada por la madre de Aurelia de lo sucedido, palideció, si ello le era posible, y no pudo menos de presagiar desagradables escenas con las huéspedes así que se enterase Alfredo del robo del niño.

El abogado regresó al poco a su hogar, como convenido, y apenas la señora Larden le puso en antecedentes de lo que ocurría, cólerico la atajó de este modo:

—¡No la creo a usted! ¡Miente usted! ¡Su hija se ha puesto de acuerdo con Laura para robarme al niño!

—No lo crea usted, señor Randall, no lo crea usted...

—¡Ella misma me dijo que Laura tenía más derecho que yo a la custodia de Fredín! ¡Se ha vendido! ¡Se han vendido los dos: ella y Brokes! ¡Es una buena lección para mí! Me enseña que no debía haber introducido en mi hogar, casi en mi corazón... ¡a un PARASITO!

—¡No diga usted eso! ¡Ella no tiene la culpa! ¡Fuí yo... fuí yo, que siempre cifré mi or-

gullo en que la pobrecita no trabajase! ¡Le juro que es contra su voluntad que ella acepta vivir a expensas de los demás! ¡Por eso me duele que haya usted pronunciado esa palabra!

—¡Basta de melodrama, señora! ¡Espero que usted y su hija procurarán que no las vuelva a ver nunca más!

—Es usted injusto, Alfredo... No, no le censuro... Es su dolor de padre lo que le obliga a ser injusto... Ya me voy... ya me voy...

En tanto, guiada por unos hombres, Aurelia se acercaba a los fugitivos, que pronto aparecerían de nuevo en la carretera.

Pero ocurrió que el automóvil de Laura, perdiendo la dirección, se precipitó por una hondonada, quedando heridos aquélla y Brokes, y resultando ileso, milagrosamente, el niño, que, asustado, echó a correr por el monte, sin rumbo, como queriendo huir del lugar de la catástrofe, tal que si la visión de los heridos le horrorizase.

Aurelia llegó, una media hora después de ocurrido el accidente, al borde de la hondonada, y dos hombres la enteraron de lo sucedido. El automóvil que había en el fondo había herido a dos ocupantes, los cuales habían sido llevados al hospital, no habiendo recobrado ninguno de los dos el conocimiento.

—Pero ¿y el niño? — preguntó, angustiosamente, Aurelia.

—¿Qué niño?

—¿No iba también un niño en el *auto*?

—No, no había ningún niño... Solamente un hombre y una mujer...

—¡Les aseguro que había un niño!... ¡Estará ahí abajo, escondido en cualquier parte! ¡Ayúdenme ustedes a buscarle!

Los dos hombres no dieron crédito a Aurelia, puesto que ellos no habían visto a ningún niño, y la abnegada muchacha buscó, sola, dando voces a todos los ecos, al desaparecido Fredín; y al anochecer, después de horas interminables de busca infructuosa, la criatura fué distinguida a distancia por ella.

—¡Fredín! ¡Fredín!

El niño dió un paso en falso y cayó por una pendiente, quedando agarrado a una mata y pidiendo auxilio.

Aturdida, Aurelia se precipitó valerosamente a salvar al niño, tendiéndole una mano desde una planicie, pero cediendo, bajo su peso y el del niño, la tierra que ocultaba las entrañas de la mata salvadora, los dos rodaron por la pendiente, como una bola, y al llegar abajo, Aurelia, después de sonreír al cerciorarse de que el niño estaba sano y salvo, ahogó dolorosas quejas.

—Me he lastimado un pie... pero no importa... — dijo—. Ahora ya estamos salvados.

Alfredo se avergonzó de sus sospechas, al enterarse de lo ocurrido, y dispensó a Aurelia un recibimiento entusiasta, convirtiéndose en su en-



—Me he lastimado un pie... pero no importa... Ahora ya estamos salvados.

fermero durante la curación de la herida en el pie.

También volvió al hogar la madre de Aurelia, a quien el abogado, contrito, pidió perdón por sus palabras de aquella tarde.

—No me diga usted nada, Alfredo — le in-

terrumpió la anciana—. Ya sabía yo que el dolor le hacía ser injusto...

—Gracias, señora, gracias... Ahora, vaya usted a abrazar a su hija, que la está esperando con ansiedad.



...y las dos amigas se abrazaron con efusión...

La señora Larden entró en la habitación en que estaba Aurelia, y las dos mujeres se abrazaron con efusión, llorando de alegría la madre ante el rotundo triunfo logrado por la bondad de su hija.

Luego Alfredo, para que la verdad brillase en todo su esplendor y el recuerdo de Laura

fuese redimido, entregó a Aurelia la siguiente carta, que su ex esposa, que murió en el hospital a las pocas horas de haber ingresado, le escribió para que ella la perdonase.

Como estaba celosa de usted — decía el escrito—, quise alejarla de Alfredo contándole aquella historia que inventé. A la hora de la muerte no se miente, señorita, y sintiéndome morir le digo que si Alfredo se separó de mí, fué por mi culpa, porque fui frívola, porque fui mala, porque no supe ser la mujer de hogar que él quería. Ahora, si usted puede, hágalo dichoso, tan dichoso como merece serlo.

Laura.

Unas lágrimas piadosas se deslizaron por las rosadas mejillas de Aurelia, y Alfredo, estrechándole las manos, murmuró:

—Veo que usted le ha perdonado. ¿No querrá perdonarme a mí también, Aurelia?

La señora Larden y Fredín contemplaban desde la puerta a los enamorados, y como vieran que la cosa se ponía seria, desaparecieron sigilosamente, al tiempo que Aurelia respondía a Alfredo:

—Le perdono, pero conste que lo hago por el bien de Fredín.

Y el primer beso que recibieron los labios de Aurelia, fué el que debía conducirla al altar.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

La sugestiva novela

El Oro del "Marsella"

Protagonista: la distinguida ALICE BRADY

PROGRAMA AJURIA

32 páginas - Numerosas fotografías

Precio: 25 CÉNTIMOS

Postal-fotografía regalo: Florence Vidor

"La Novela Semanal Cinematográfica" sale todos los miércoles

Pida usted en su quiosco, hoy mismo, la
preciosa novela, de

Los Grandes Films

DICK, el Guardia Marina

creación de RAMÓN NOVARRO,

próxima a estrenarse en el Capitol Cinema,
como inauguración de la temporada.